Si, cupidillo tierno,
Muy mole, muy blandito
Me inspira, que no me oyen
Los censores malignos.

Mole y *blandito* son adjetivos prosaicos é inútiles: con *cupido tierno* basta.

Algunos pastorcillos
Que supieron el caso,
Su inocencia y mi dicha
Gruñeron y ladraron.

Debe desterrarse de la poesía toda expresión que despierte ideas bajas, como sucede con decir "los pastores gruñen y ladran." Los cerdos son los que gruñen y los perros los que ladran: esta clase de metáforas sólo se permiten en la conversación familiar; y mucho más cuando se podía haber dicho "se fueron enojados."

Ya un diluvio de llanto
Sus tiernos cachetitos
Inundaba, moviendo
Mi ánimo compasivo.

Y arrancando del alma
Un blando suspirillo
Me responde: *papá*,
Papá, yo soy tu hijo,

¡Ay! qué ¿no me conoces?
Yo soy tu amor, el mismo
Que en Celia rigoroso
A *mamá*, solicito.

Cachetitos, *papá*, *mamá*, son expresiones prosaicas.

Que te quiera, que te ame,
Que te adore y estime,
Que á su seno te lleve
Y que en él te eternice.

En esta cuarteta hay una gradación impropia. *Amar* supone más exaltación que *querer*, porque el amor es efecto de la

pasión, y el cariño del hábito, así está bien *te quiera*, *te ame*, y lo mismo *te adore*, porque adorar en sentido metafórico es "amar con extremo." Pero lo que hace impropia la gradación es que concluye con *estime*, pues la estimación es afecto menos vivo que los expresados anteriormente: la estimación resulta únicamente del conocimiento que se tiene del mérito de una persona, de modo, que puede haber estimación sin amor ni cariño.

En la colección de Odas intitulada "La pollita de Clori," se propuso Navarrete imitar "La paloma de Filis," por Meléndez; pero fué poco feliz en su imitación.

No creemos sea digno de crítica que un poeta, en composición del tono y carácter correspondientes, hable de una pollita, porque la poesía lo único que repugna son los objetos bajos ó los repugnantes y asquerosos. Anacreonte escribió versos á la paloma, la golondrina, la cigarra y la cierva. Catulo celebró el pajarillo de Lesbia. Francisco de la Torre compuso en castellano dos canciones, *La tórtola* y *La cierva*, que son orgullo del parnaso español, reinando la más dulce melancolía en la primera, y siendo recomendable la segunda por lo perfecto de su composición y la viveza del colorido. Todavía ahora, cuando las composiciones que pintan escenas tranquilas se usan muy poco, tenemos como muestra de buena poesía *El gatito de Cintia*, por D. José de Castro y Orozco. Pero por lo mismo que esa clase de producciones se refieren á objetos poco elevados, se necesita mucho tino en el poeta para dejar de incurrir en el prosaísmo, lo cual generalmente no consiguió Navarrete en *La pollita de Clori*. Copiaremos algunos versos para señalar los varios defectos que contienen.

Una alegre esperanza
Cumplíame mil promesas

En el segundo verso sobra una sílaba, porque en *cumplíame* no hay diptongo. Véase lo que hemos dicho sobre este particular.

Ya en el seno de Clori
Se arrolla su pollita.

En México se dice *arrollar al niño*, lo cual es un disparate, porque *arrollar* significa "revolver una cosa en sí misma de modo que forme rollo." Dígase *arrullar*.

En la oda sexta dice el poeta á la pollita:

¿Le llevas por ventura
Recado de algún necio?
¡Si así fuere!..... al instante
Te torciera el pescuezo.

Todo lo que la pollita puede tener de poético se olvida ante la amenaza de torcerle el pescueso, porque esto recuerda las escenas prosaicas de una cocina, donde el marmitón tuerce el pescuezo á las aves, las pela, las cuelga del garabato y quedan haciendo una figura muy poco graciosa. El fenómeno sicológico llamado *asociación de las ideas* trae estas consecuencias inevitablemente.

Lo mismo sucede en la oda séptima, donde el poeta concluye diciendo:

Que á su mucha inocencia
Dé la polla mil gracias,
Si no, asada esta noche,
Yo le diera la gala.

La oda octava empieza y concluye con locuciones tan vulgares como las siguientes:

Pollita afortunada,
Así cuando más crezcas
De tí se prende un pollo
Que te haga bien la rueda.

En la oda novena se lee lo siguiente:

Sabia naturaleza,
En dos colores junta
Cuanto cabe de lindo
En las pollas más chulas.

Chulas, palabra de estilo muy vulgar en México, y que no significa *lindo*, *bonito*, en buen castellano.

En la oda décima se describe con el mismo tono y estilo *un catarro* que padeció la pollita, y la conclusión de la oda última es igual.

Y pues la pena pasa
Del pobre animalito,
A tí mi Clori tierna
¡Malhaya el romadizo!
Si la difunta polla
No tiene ya remedio,
Tanta copia de llanto
¿Para qué dar al suelo?

No debemos concluir nuestras observaciones, respecto á la "Pollita de Clori," sin añadir que Hermosilla censuró á Meléndez por haberse alargado demasiado en hablar de un objeto tan poco importante como "La paloma de Filis." Estamos de acuerdo en este punto con Hermosilla, y lo estamos también en que Meléndez, á quien suele imitar Navarrete, no es en todo *un modelo de perfección;* pero creemos que el crítico español trata muchas veces con demasiada severidad las composiciones de su compatriota, quien podía ser defendido victoriosamente de varios cargos que se le hacen.

Entre las odas de Navarrete hay cuatro á las estaciones del año. He aquí la menos mala.

EL INVIERNO.

Llega del año la estación severa,
Y de la tierra toda se apodera.
Nublado el cielo
Mudas las aves,
Los hielos graves,
Y mustio el suelo.
Nuestro ganado
De temor lleno,
Busca entre el heno
Su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,
El gusto dura,
Pues la amargura
Tras él no tarda!
¿Do están las flores
De primavera?
¿Dó la ligera
Edad de amores?
Nada resiste
La ley del tiempo,
Ni el contratiempo
Del hado triste.
¿Pués qué esperanza
Ahora abrigamos,
Por si llegamos
A tal mudanza?
La virtud solamente, Anarda mía,
Puede valernos en la vejez fría.

Esta composición contiene un pensamiento serio, expresado de una manera agradable; pero incurre en algunos defectos, como los siguientes:

Graves no es calificación propia de hielos, y sólo se puso para consonar con *aves*.

El *pues* de la cuarteta tercera debilita mucho la viveza de la expresión. Acaso hubiera quedado mejor así:

¡Qué poco, Anarda,
El gusto dura,
¡Ay! la amargura
Tras él no tarda!

Mía es diptongo, según la *Ortología* de Sicilia; pero sobre este punto ya dijimos lo conveniente.

Contratiempo y *tiempo* son consonantes triviales.

El verso último, para que sonara bien, debería tener el acento en *vé-jez*.

Analizando los sonetos de Navarrete se nota que apenas hay uno que otro mediano. Nuestro ilustrado amigo el Sr. D. José Sebastián Segura, en la colección de sonetos de au-

tores mexicanos que dedicó á D. José Zorrilla (México 1855), no puso más que dos de Navarrete, y fueron, sin duda, los que le parecieron mejores. Sin embargo, para presentar uno de ellos tuvo que hacerle algunas correcciones; pero como nosotros debemos analizarle tal como se escribió, le copiaremos á la letra.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida,
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entonces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

En la primera cuarteta hay alguna afectación: *perlas del alba* por *rocío*, está bien; pero ya es demasiado usar de la metáfora seguir inmediatamente con *trono de esmeraldas*, por el tallo ó las hojas. El arte aconseja usar con moderación toda clase de figuras, y ya hemos dicho, al hablar de Sor Juana, que los mejores poetas de la antigüedad nos dan este ejemplo.

Hermosa grana, el adjetivo *hermosa* es demasiado genérico: y la *mustia palidez* pide una antítesis más vehemente.

El verso décimo no habla, y lo que quiso decir el autor fué, "como si eterna fuera la esperanza."

En el verso trece hay una locución violenta que ocasionó la fuerza del consonante: *verdor de su entereza*.

En las composiciones *A Clori* se nota cuatro veces la falta

del acento en el lugar correspondiente, como se ve en los siguientes versos:

Humedece con lágrimas tiernas
El cadáver de esta calandrita,
Que del nido materno robada
Para traer á tus aras divinas.

En el segundo verso el acento carga en la quinta sílaba (formada por sinalefa), debiendo estar en la sexta.

1 2 3 4 5 6
El ca-da-ver de es-ta

En la cuarteta siguiente la falta se nota en el último verso.

Bendigamos al numen que manda
La estación del fructífero Otoño,
Y los gustos cantemos del campo
Que no tienen los poblados todos.

Debía estar el acento en *po* y no en *bla*.

En el mismo defecto incurrió Navarrete en algunos versos de las *Traducciones de Galo*. Ejemplo:

Lidia bella, muchachita blanca
Más que leche y que cándido lirio,
Más que rosa que es el alba entre rubia
Y que indianos marfiles bruñidos.

El acento debía estar en la sílaba *cha* y no en *chi* (verso primero).

En alguno de los romances que compuso nuestro poeta suele concurrir defectuosamente el asonante en los versos primero y tercero como se ve en los siguientes:

De su hechicero seno á un lado y otro
El tierno animalito se volaba,
Cuidando siempre de volver gozoso
Y nunca tarde á su envidiable estancia.

Él fué de una inocente tortolilla
Amigo fiel, sin que jamás notara
Ninguno en ellos la más leve riña,
Cosa entre sus semejantes bien extraña.

De infamia sale, y de rubor cubierto,
Ese de la crueldad nefando aborto:
El *tormento* fatal que el inconfeso
Sufrió gimiendo en formidable potro.

Rarísima vez incurrió Navarrete en la falta de usar barbarismos como las palabras *festivizar* y *esque* en las siguientes cuartetas. Por el contrario, debe advertirse que el lenguaje de nuestro autor es, por lo común, puro y correcto.

Padre nuestro, ya que es fuerza
Festivizar tu cumpleaños,
Déjame decir primero
Lo que siento en este caso.

Atisba los mosquitos
Que llegan á su casa.
Y allá quién sabe cómo,
El jugo *esque* les saca.

Entre las composiciones imperfectas del escritor que nos ocupa, deben contarse sus *sátiras* por estar plagadas de conceptos triviales, expresiones indecorosas y chistes de mal gusto.

Pero la excepción en Navarrete es lo defectuoso, y vamos á ver comprobado que lo bello domina en sus composiciones.

En los capítulos relativos á Sor Juana Inés de la Cruz y á Sartorio hemos visto que aquella representó en México á Góngora, y el segundo á la escuela prosaica. Los gongoristas queriendo elevarse demasiado, incurrieron en la afectación y la obscuridad, y los prosaicos, pretendiendo la sencillez, escribieron prosa rimada. Fr. Manuel Navarrete logró, generalmente hablando, tomar el término medio conveniente, usar el tono verdaderamente poético, y hermanar la sencillez y la naturalidad clásicas sin bajeza ni vulgaridad.

Navarrete se propuso algunas veces imitar á Meléndez, y los ejemplos de tan buen escritor contribuyeron indudablemente al feliz desempeño de varias de sus poesías; de manera

que Navarrete ocupa en nuestra literatura el mismo puesto que el poeta español en su país, es decir, de *uno de los restauradores del arte.* Sin embargo, sería error suponer á Navarrete imitador de Meléndez en todo y por todo. Meléndez en las composiciones cortas (según opinión de Quintana) alcanzó una perfección no conocida hasta él; pero sus poesías elevadas tienen poco mérito, y cabalmente lo contrario sucede con Navarrete. Este escritor sobresalió en los géneros filosófico y religioso, mostrándose original en sus inspiraciones, ó remontándose al estudio de las primeras y más sublimes formas del arte. Donde Navarrete quiso imitar es donde tiene menos mérito: donde se elevó en alas de su propio ingenio es donde más lució, y este es un resultado que generalmente se observa en literatura. El poeta primitivo toma sus inspiraciones inmediatamente de la naturaleza, y así sus escritos tienen toda la frescura y la viveza de aquella. Los que tratan de imitarle después, no es posible que conserven el mismo colorido, el mismo vigor, á no ser que copien servilmente, y entonces, ya no imitan, sino plagian. Además, cada hombre tiene sentimientos particulares, tendencias propias, carácter personal, ideas que han nacido únicamente en su cerebro, y todo esto es lo que constituye la personalidad humana: los brutos se diferencían poco entre sí, un grado más ó menos en sus instintos; pero cada hombre es un pequeño mundo independiente de los demás en la manera de ver y sentir las cosas. ¿Cómo, pues, será posible que yo sienta con fuerza sintiendo por otro; cómo podré pensar con exactitud, pensando por cabeza ajena? Tal espectáculo de la naturaleza conmueve á unos, aterra á otros, y para algunos es indiferente. Tal principio, evidente para éste, es paradógico para aquel.

Lo mejor es, pues, que el poeta se deje llevar de sus propias inspiraciones, sujetándolas únicamente á las leyes eternas del buen gusto, y no á lo que otros hicieron.

El escritor y el artista al concebir una idea deben penetrarse de ella profundamente, apropiársela, amoldarla, por

decirlo así, en el centro de su alma, en lo más profundo de su sensibilidad y de su imaginación. De otra manera las obras literarias y artísticas serán como las reproducciones en fotografía, pálidas y borradas.

Las primeras composiciones que encontramos entre las poesías de Navarrete, son varias colecciones de odas eróticas; y parece extraño que un religioso se ocupara tanto en ese género.

Pero, en primer lugar, bien pudo Navarrete, antes de consagrarse á la iglesia, haber amado á alguna mujer y conocer la pasión que expresaba; en segundo lugar al escritor basta comprender un afecto para pintarle, sin necesidad de haberle experimentado; y por último, sabemos que muchas de las composiciones de Navarrete á que nos referimos, las hizo para sus amigos: así consta de los siguientes versos:

En juveniles años,
Y alegre pasatiempo,
El amor fué mi numen:
¿Cuáles serán mis versos?
Pero debo advertirte,
Que de su blando plectro
No siempre me he valido
En algún propio empeño.
Las más veces instado
De la amistad y el ruego
En ajenos amores
Canté agradables metros.
De aquí nace la especie
De nombres tan diversos,
FILIS, DORIS, CLORILA,
Y otros mil sobrepuestos.

Las odas eróticas de Navarrete están generalmente en romance eptasílabo, el mismo que usó D. José Antonio Conde en su traducción de Anacreonte, el mismo que usaron Villegas, Iglesias y Meléndez en algunas composiciones de la misma especie. El segundo de esos poetas fué quien escribió aquellos cuatro versos de los cuales se ha dicho: "Se leerán

que Navarrete ocupa en nuestra literatura el mismo puesto que el poeta español en su país, es decir, de *uno de los restauradores del arte.* Sin embargo, sería error suponer á Navarrete imitador de Meléndez en todo y por todo. Meléndez en las composiciones cortas (según opinión de Quintana) alcanzó una perfección no conocida hasta él; pero sus poesías elevadas tienen poco mérito, y cabalmente lo contrario sucede con Navarrete. Este escritor sobresalió en los géneros filosófico y religioso, mostrándose original en sus inspiraciones, ó remontándose al estudio de las primeras y más sublimes formas del arte. Donde Navarrete quiso imitar es donde tiene menos mérito: donde se elevó en alas de su propio ingenio es donde más lució, y este es un resultado que generalmente se observa en literatura. El poeta primitivo toma sus inspiraciones inmediatamente de la naturaleza, y así sus escritos tienen toda la frescura y la viveza de aquella. Los que tratan de imitarle después, no es posible que conserven el mismo colorido, el mismo vigor, á no ser que copien servilmente, y entonces, ya no imitan, sino plagian. Además, cada hombre tiene sentimientos particulares, tendencias propias, carácter personal, ideas que han nacido únicamente en su cerebro, y todo esto es lo que constituye la personalidad humana: los brutos se diferencían poco entre sí, un grado más ó menos en sus instintos; pero cada hombre es un pequeño mundo independiente de los demás en la manera de ver y sentir las cosas. ¿Cómo, pues, será posible que yo sienta con fuerza sintiendo por otro; cómo podré pensar con exactitud, pensando por cabeza ajena? Tal espectáculo de la naturaleza conmueve á unos, aterra á otros, y para algunos es indiferente. Tal principio, evidente para éste, es paradógico para aquel.

Lo mejor es, pues, que el poeta se deje llevar de sus propias inspiraciones, sujetándolas únicamente á las leyes eternas del buen gusto, y no á lo que otros hicieron.

El escritor y el artista al concebir una idea deben penetrarse de ella profundamente, apropiársela, amoldarla, por

decirlo así, en el centro de su alma, en lo más profundo de su sensibilidad y de su imaginación. De otra manera las obras literarias y artísticas serán como las reproducciones en fotografía, pálidas y borradas.

Las primeras composiciones que encontramos entre las poesías de Navarrete, son varias colecciones de odas eróticas; y parece extraño que un religioso se ocupara tanto en ese género.

Pero, en primer lugar, bien pudo Navarrete, antes de consagrarse á la iglesia, haber amado á alguna mujer y conocer la pasión que expresaba; en segundo lugar al escritor basta comprender un afecto para pintarle, sin necesidad de haberle experimentado; y por último, sabemos que muchas de las composiciones de Navarrete á que nos referimos, las hizo para sus amigos: así consta de los siguientes versos:

En juveniles años,
Y alegre pasatiempo,
El amor fué mi numen:
¿Cuáles serán mis versos?
Pero debo advertirte,
Que de su blando plectro
No siempre me he valido
En algún propio empeño.
Las más veces instado
De la amistad y el ruego
En ajenos amores
Canté agradables metros.
De aquí nace la especie
De nombres tan diversos,
FILIS, DORIS, CLORILA,
Y otros mil sobrepuestos.

Las odas eróticas de Navarrete están generalmente en romance eptasílabo, el mismo que usó D. José Antonio Conde en su traducción de Anacreonte, el mismo que usaron Villegas, Iglesias y Meléndez en algunas composiciones de la misma especie. El segundo de esos poetas fué quien escribió aquellos cuatro versos de los cuales se ha dicho: "Se leerán

cien odas que quieran expresar el regocijo y la alegría de una noche de invierno, sin que entre todas acierten á producir la sensación viva y agradable que dan de sí estos cuatro versos, donde se ve á la musa anacreóntica bailar, saltar y reir."

Al son de las castañas
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

El padre Navarrete debe haber conocido y estudiado estos autores, así como á Horacio quien sobresalió en toda clase de odas; pero como ya lo indicamos anteriormente, parece que Meléndez fué su autor favorito.

Las cualidades que caracterizan las odas eróticas de Navarrete son la ternura, el candor, la decencia y lo risueño de las imágenes. El amor que expresa Navarrete es el amor sencillo de la gente del campo; es la pasión púdica desconocida á los poetas anteriores al cristianismo; es la emoción tranquila nacida entre la dulce melancolía de la naturaleza.

He aquí una de esas bellas composiciones de Navarrete:

Calle la fama ahora
De Chipre, y no me diga
Que sus alegres huertos
Ofrecen mil delicias.
El huerto compendiado
De mi bella Clorila
Contiene menos flores;
Pero de más estima.
Cuando estoy asaltado
De negra hipocondría
Me brinda mil placeres
En esas flores mismas.
Claveles en sus labios
De púrpura encendida,
En sus ojuelos hiedras,
Rosas en sus mejillas.
¿Qué dices, Venus blanda,
Del huerto de Clorila?
¿Son así ó se parecen

Tus chipriotas delicias?
¡Qué distancia tan grande,
Oh Venus, se divisa
Entre unas y otras flores,
Aunque tu lo resistas.
Aquellas aparecen
Con agudas espinas;
Pero éstas, aunque gratas,
Son de honestas delicias.
Sí, Venus, y te juro
Que á pesar de tu envidia,
No se ajarán las flores
De mi amada Clorila.

Un pensamiento de moralidad forma el argumento de esa composición, cual es el de que tienen más valía los amores honestos, es decir, los del corazón que los puramente materiales.

Las comparaciones son propias del campo donde se supone la acción, y sencillas como lo requiere la oda erótica: *claveles de púrpura* para demostrar lo encarnado de los labios; *rosas* para dar á entender la frescura y el color de las mejillas; y lo que nos parece, si no más poético indudablemente más original, es comparar los ojos con lo que vulgarmente se llama en México hiedra [*ipomea cerulea*]: fácilmente se comprende que el color de esos ojos era azul porque es el mismo de la llamada hiedra. Si el poeta hubiera comparado los ojos de su amada con el cielo, hubiera usado de una comparación demasiado común, y además habría interrumpido la serie de comparaciones que se propuso hallar entre las flores. Es muy propio representar las de Venus, esto es, los placeres carnales, con *agudas espinas*, por los estragos físicos y morales que causan en el hombre.

El lenguaje y la versificación de la oda que nos ocupa nada dejan que desear: corrección y claridad, sencillez en el estilo como conviene al género de la poesía, la asonancia en los versos pares conforme á la ley del romance.

La oda es corta según lo pide la clase á que pertenece: en